Pero esto muy de tarde en tarde sucedía:
y cada vez que nuestro juglar tenía dinero
le compraba una vela a la Virgen María,
y él mismo la llevaba, y él mismo la encendía,
en el altar de alguna ermita del sendero.

II

Llegó un invierno terrible. Todos los campos [nevados.
Se encerraban en su casa, míseros, los campesi- [nos;
y los árboles desnudos crujían atormentados
con el azote del viento que aullaba por los ca- [minos.

El cielo gris; y los montes, oscuros durante el [día;
y en la noche, una negrura, sin estrella ni lucero,
que sólo se iluminaba, rápida, si se encendía
el relámpago, cortando las gotas del aguacero.
Nadie salía a las plazas; todo el mundo se ocul- [taba.
Tan muerta como los campos parecía la ciudad...

El juglar, con su perrillo, aterido caminaba,
combatido por el viento, la lluvia y la tempestad.
Por una inmensa llanura, helada, muda y de- [sierta,
iba buscando un albergue, aterido, extenuado,
y no hallaba en toda aquella enorme soledad [muerta,
ni un árbol cuyo follaje le hubiera cobijado.

Ni una luz, ni un humo... Nada. Ni el resonar de
[una esquila.
Sólo la inmensa llanura, y en ella, el frío y el
[viento.
¡Cómo soñaba el juglar con una tarde tranquila
de primavera, que estaba cantando en su pensa-
[miento!
Desorientado, dolido, ciego por la lluvia fuerte,
con el perrillo pegado a sus piernas, el juglar
cayó por tierra, contando que se acercaba la
[muerte,
al notar que ni siquiera se podía levantar.

Y al pensar cuánto faltaba para que viniera el
[día,
y en la noche que llegaba con su negra cerrazón,
el niño desfalleciente, rezó un Ave María,
y sintió que iba durmiéndose, sin fuerza, su co-
[razón.

... ...
A la mañana siguiente, un tibio sol desmedrado
desgarró un poco las nubes, y cesó la tempestad.
Pasó por aquellos campos un fraile que, apre-
[surado.
iba hacia su monasterio, volviendo de la ciudad.

III

Fue un extraño despertar
el que tuvo nuestro amigo.

Abrió los ojos y vio
unos muros de ladrillo,

una ventana entreabierta,
en cuyos largos postigos
se quebraba el sol, haciendo
danzar colores distintos
al penetrar con sus rayos
por los cristales teñidos
de una vidriera irisada.

Al moverse, el juglarcillo
se halló abrigado, seguro,
en una cama tendido.

Alzó los ojos un poco,
y en el muro fronterizo,
frente a su lecho, miró
un doliente crucifijo,
que colgaba entre las luces
de dos lámparas de vidrio.

Como es natural en estos
casos, al sentirse vivo,
movió el muchacho los labios
y, «¿dónde me encuentro?», dijo.

Y una voz viril y tierna
respondió desde un banquillo
que había en su cabecera:
«En la casa de Dios, hijo».
«¿Acaso estoy muerto?»
«No.

Gracias a Dios estás vivo»,
dijo riendo la voz,

y el juglar, sobrecogido,
volvió la vista, y al lado
vio un menudo frailecillo.

«Soy el hermano enfermero.
Te trajeron un domingo
de nieve, después de hallarte
cuando te morías de frío.

Estás en el monasterio
y puedes estar tranquilo.
Duerme.»
                    «Quisiera saber
dónde estará mi perrillo»,
dijo el juglar. Y el frailuco:
«A ése no conseguimos
volverle a la vida, no.»

  Y el juglar, enternecido,
cerró los ojos con unos
lagrimones guarecidos
en ellos, y, dulcemente,
se fue quedando dormido.

IV

Venía la primavera. Y el juglar, mejorado, ya podía levantarse y dar algunos pasos, apoyándose en las paredes de su cuarto. Sus piernas, ateridas, recobraban el cálido alentar que brotaba, poco a poco, en los campos.

El juglar se asomaba a la ventana un rato
y veía los rebrotes de los árboles altos,
y en la anchurosa huerta del monasterio, abajo,
verdear nuevas plantas y correr los regatos.

Más allá se extendía, entre verde y dorado,
el paisaje suave y tranquilo del llano.
Todo tenía un brillo ideal bajo los rayos
de un sol limpio, gozoso de renovar el campo.

Por el camino que serpenteaba, blanco,
iba un grupo de soldados a caballo,
y entre el polvo que se levantaba a su paso
destellaban los petos, espaldares y cascos.

Parecían muñecos chiquitines, mirados
desde aquella ventana donde el juglar, ufano,
sentía que lentamente le iba penetrando
la luz del sol por todos sus músculos cansados.

Más allá, las casitas de un villorio lejano
echaban humos rectos de los rojos tejados,
que se alzaban al cielo, presurosos, intactos,
como las oraciones de los buenos cristianos.

Y más lejos, los cerros suaves y ondulados
contra el azul sereno de un horizonte claro.

En la huerta cantaban dulcemente los pájaros.
El juglar, lleno de gratitud y de ánimo,
dejaba que sus ojos vagaran por lo ancho
de aquel paisaje lleno de belleza; y alzando

las manos un momento, como el humo diáfano,
dio gracias al Señor por haberle salvado.

De vez en vez, los frailes subían a visitarlo.
Unas tardes venía un tipo alto y delgado,
muy sonriente, que se llamaba Fray Pablo.
Era muy diestro en pintar en los breviarios
y códices preciosos adornillos miniados.

Un día le llevó al juglar un pesado
libro de coro, en cuyos folios pergaminados
había hecho unas lindas iniciales, contando
en imágenes de azul, rojo y dorado,
escenas de Belén, con pastores y magos.

Otras veces venía Fray Dionisio, un anciano
que tocaba el laúd y sabía dulces cantos.
(Por allí se decía que, cuando era muchacho,
Fray Dionisio había sido trovador afamado.)

También vino el Abad, el buen Abad mitrado,
muy orondo y más bueno que un trozo de pan
[blanco,
aunque solía enojarse fácilmente, pasando
muy pronto sus enojos... (Tenía el hígado malo,
pero era tan sencillo, caritativo y franco,
que le querían como a un padre los hermanos.)

Y el juglarcillo fue cada día mejorando
y estaba bien del todo, felicísimo, cuando,
lleno de flores nuevas y de cantar de pájaros,
llegó el mes de María, el dulce mes de mayo.

V

Cada fraile trataba de obsequiar a María,
esmerándose en lo que hacer mejor sabía.
Fray Dionisio cantaba en el laúd sonoro
canciones a la Virgen y le servían de coro
todos los frailes que tenían buena voz
(pues había unos cuantos con un oído atroz).

Fray Pablo hizo unas preciosas iniciales
para adornar los nuevos riquísimos misales,
y en ellas puso toda su devoción y amor
para ensalzar a la Madre del Salvador.

El fraile que cuidaba la huerta y los jardines
trajo rosas tempranas, azucenas, jazmines,
y adornó con tal lujo el altar de María,
que toda la capilla un jardín parecía.

El pobre juglarcillo no sabía qué hacer.
El quería, también, por su parte, ofrecer
a la Virgen alguna cosa de algún valor,
y no tenía nada que darle, sino amor;
y aunque esto le bastaba a la Madre de Cristo,
a él no le parecía bastante, por lo visto.

El quería hacer un regalo que pudiera
complacer a la Virgen; que ella viera u oyera,
como las miniaturas de Fray Pablo, o las flores
del jardinero, como los cantos y loores
del viejo trovador, o como la poesía

El Guglarcillo de la Virgen

que un tal Fray Juan compuso en honor de María
y que tenía una música tan arrebatadora,
y unas frases tan dulces para Nuestra Señora...
Así, después de mucha, mucha cavilación,
un día, el juglarcillo sintió en su corazón
algo así como un leve golpe de luz, y dijo:

«Ya sé, Madre, lo que va a ofrecerte tu hijo».
Y al cabo de unos días, a la hora indecisa
del alba, cuando aún no tocaban a misa,
cuando el sol se asomaba tras los cerros de oro,
iban entrando, en fila, los frailes en el coro;
y ya había iniciado su oración el Prior,
cuando se quedó blanco y mudo de estupor,
y con los ojos fijos delante del altar
vieron todos los frailes que el inquieto juglar
había extendido allí su alfombra desmedrada
y, ante la imagen de la Virgen venerada,
hacía un nuevo juego que había preparado,
más difícil que todos, mucho más complicado,
pues cuchillos, pelotas, platos y lo demás
danzaban por el aire, con preciso compás,
y éste era el tributo que el juglarcillo hacía,
como obsequio especial a la Virgen María.

El Abad, avanzando aprisa hacia el altar,
tendió sus temblorosas manos hacia el juglar,
y con voz conmovida: «¡Profanación!», gritó,
y el coro de los frailes temblando le siguió,
desorientado, trémulo, sin saber lo que hacer;
pero el juglar, impávido, seguía en su menester.

Y cuando, a una señal que hizo el Abad, un lego

el fraile y el escultor
van buscando del brasero
el confortable calor,
y entablan junto a su lumbre
amena conversación.
  Velón de cuatro piqueras
alumbra la habitación
y sus llamas iluminan
a Juana de Salmerón.
Jamás se viera un semblante
de tan rara perfección.
  Pasos rápidos, ligeros,
y otros de pesado son
hacen crujir la escalera
del taller del escultor.
Las dos personas que entran
son de alta condición.
  Es muy hermosa la dama
y muy apuesto el señor,
mas con ser grandes sus títulos,
sus riquezas y blasón,
les superan de sus almas
la sencillez y el candor.
  De su soberbio palacio,
siguiendo la tradición
de la española costumbre,
la mejor habitación
han destinado piadosos
para el culto del Señor,
y a las manos prodigiosas
del más notable escultor
han encargado la imagen
que reinará en su mansión.

La interrumpida tertulia
ha cobrado animación.
Pronto los hombres se empeñan
en amable discusión,
y las dos damas se aislan
en charla multicolor.
De la lumbre del brasero
es muy intenso el calor.
El bello manto brochado
que a la duquesa Leonor
envuelve en sus ricos pliegues
resbala sobre el sillón,
y las llamas vacilantes
de las luces del velón,
arrancan chispas de luz
a un soberbio prendedor
que bajo rizada gola
ostenta doña Leonor.
Los bellos ojos de Juana
se prenden en su fulgor.
Sigue hablando la duquesa,
sigue el fuego tentador
de las llamas en las piedras,
y Juana de Salmerón
sigue absorta los destellos
del soberbio prendedor.
Todo su ser se halla preso
en su fugaz resplandor.
—Os hallo triste, callada,
¿sufrís algún sinsabor...?
La cariñosa pregunta
de la Duquesa Leonor,
rompiendo aquel sortilegio,

por creciente admiración.
Frente a ellos, la escultura,
toda modestia y pudor
se levanta, viva imagen
del más hermoso candor.
De su virginal Pureza
es el trasunto mejor.
La voz dulce y bien timbrada
de la duquesa Leonor
se deja oír, y su acento
tiene tan honda emoción
al dirigirse al maestro,
que el eco de aquella voz
al bello cuerpo estremece
de Juana de Salmerón.
—Lo que tan sólo a los ángeles
ha permitido el Señor,
por obra de vuestro arte
contemplaré en mi mansión.—
Y acercándose a la imagen,
con respeto y con amor,
en sus dos manos, que unidas
cual dos capullos en flor,
tiene hacia el cielo elevadas,
con acendrado fervor
deja un beso la duquesa.
Al confortable calor
de la lumbre, vuelven todos,
mientras Juana Salmerón
acercándose a la imagen
cual la duquesa Leonor,
en el hueco de sus manos
deja el rico prendedor.

Alrededor de la lumbre
gira la conversación
sobre el tema, tan hermoso,
del Arte en la Religión.
Eco de fuertes pisadas,
al taller del escultor
sube desde la calleja
y paran en su portón.
Es la escolta, que a los duques
alumbra hasta su mansión.
Envolviéndose en el manto,
—¿Venís con nosotros, vos?—
a Juana de Salmerón
le pregunta la duquesa:
—No, mi señora duquesa,
terminada su misión
no tardará en recogerme
don Pedro de Salmerón.—
A los esposos y al fraile,
con un pequeño farol
que va rompiendo las sombras
del enorme caserón,
va iluminando el camino
maestro Juan, el escultor.
Mientras tanto, en el taller
queda Juana Salmerón.
La pequeña comitiva,
hacia el oscuro portón
se dirige, y de las sombras,
al pálido resplandor
de la luz del farolito
que lleva el maestro escultor,
se dibuja una figura,

A la luz del farolito,
vuelve el maestro escultor
disipando las tinieblas
del enorme caserón.
En el umbral del taller
queda absorto el escultor,
mientras su alma de artista
vibra de intensa emoción.
En el centro de la estancia
está Juana Salmerón,
y es su figura, reflejo
del más acerbo dolor.
Tiene la boca entreabierta,
como si toda la voz
que tuviera en su garganta,
sollozo desgarrador
la hubiera ahogado, tan grande
es su profunda aflicción.
En la bellísima frente,
pinceladas de dolor
son las cejas, que se alzan
en dolorosa expresión.
A las llamas vacilantes
de las luces del velón,
de sus pupilas llorosas
no se define el color.
¿Azules? ¿Negras? ¿Verdosas?
¡Ojos color del dolor!
Una mano lleva al pecho,
encima del corazón,
cual si contener quisiera
su doloroso estertor,
mientras la otra sostiene

una bellísima flor
que entre sus pétalos guarda
los signos de la pasión.
Al quedar sola en la estancia,
fuese Juana Salmerón
hacia la imagen que guarda
el joyel deslumbrador.
En el hueco de sus manos
no está el rico prendedor
que en momentos de locura
puso Juana Salmerón.
En las manos de la imagen,
tan solamente una flor
encuentra, que son los clavos
y corona del Señor,
tiene la lanza, que abriera
un costado al Redentor.
Rompe en sollozos la joven,
todo el inmenso dolor
de su alma arrepentida
sale de su corazón,
y con la boca entreabierta
por sollozo agotador,
y los ojos anublados
por llanto desgarrador,
¡es la Mater Dolorosa
que soñara el escultor!

* * *

Cuatro siglos han pasado
de que este hecho ocurrió.
Es el viernes de Dolores.

con vuestro traje celeste. ¡Miradle, Virgen bendita! Lo hemos llamado Raúl, como se llamaba el padre de su padre. Miradle bien, para que le conozcáis el día que os necesite.

Amel respondió:

—Así sea.

Y el niño creció, vestido siempre con los colores celestes.

No se sabe si a causa de los pecados de los feligreses de San Viñol, o a causa de los de otras parroquias de la costa, una noche de horrible desgracia, el río creció como la leche hirviente que se escapa del vaso; el viento soplaba, la lluvia caía y la tierra temblaba; toda la llanura estaba cubierta de agua, y al amanecer se vio que no era el río el que se desbordaba, sino el mar.

Llegaba sombrío, impetuoso, revuelto. Rotas las barreras con que Dios detenía sus ímpetus, llegaba, pero ya no como mar, sino como diluvio.

La iglesia de San Viñol estaba situada en una altura. Los inundados se refugiaron en ella; pero Amel y Fenora se quedaron en la puerta de su casa, más alta aún que la iglesia.

Cuando les llegó el agua a la puerta, subieron al primer piso con el pequeño Raúl; cuando llegó allí el agua, subieron al techo, pero también allí les siguió.

—Marido mío —exclamó Fenora—, alabado sea Dios, todos vamos a morir juntos.

—No —respondió Amel.

—¡Cómo! ¿Piensas abandonarnos?

El agua le tocaba ya; entonces añadió poniéndose en la punta del tejado:

Ntra. Sra. de la Familia

EL ANGELUS
(Leyenda bretona)

Cuando la campana mayor de San Gervasio anunció el Angelus a los habitantes de Auray, como de costumbre todos se descubrieron y doblaron la rodilla para rezar la oración bendita.

—¿Y por qué hoy el sacristán ha tocado la campana gruesa? —preguntó Ivonita a su anciano abuelo.

—Te lo voy a contar, respondió éste.

Era Thurias un pobre hombre, que desde mucho tiempo tenía su corazón consumido por la tristeza. Los azules habían matado a sus dos hijos en una casita de la calle de Faves, y de pena, sus cabellos se volvieron blancos en la misma noche de su desgracia. ¡Oh, sí, verdaderamente era muy desgraciado Thurias! Tan desgraciado, que el diablo, un viernes, le hizo ir a Gumenen para ahorcarse. Cuando ya tenía la cuerda al cuello y el pobre Thurias iba a apretar el nudo, sonó el Angelus en la parroquia de San Gervasio. Al oír la campana saludaré primero a Nuestra Señora, —dijo Thurias— y luego me ahorcaré. Y arrodillado, santiguóse muy devotamente y rezó la oración del Angelus. Ningún día de su vida había faltado a esta devoción. Era de Auray. Es de creer que la Virgen misma a cada Ave María aflojaría la cuerda, porque cuando Thurias, al fin, quiso

El Angelus

El sueño de Marta

temor: «¿Y si me muriese ahora?» Rendida de miedo, sueño y cansancio, durmióse al fin, y soñó.

Soñó que una voz le decía: «¡Anda, camina!» Y anduvo, anduvo mucho, hasta que rendida se sentó al borde de un camino.

En esto oyó voces y algazara, cantos y música, y ante ella un tropel de gentes que le decían: «Tú eres de los nuestros, ven con nosotros».

—¿A dónde vais? —les preguntó.

—¡A la eternidad! —gritaban—; y volvían a sus cantos y piruetas locas.

Pasaron: dirigió ella su vista a lo lejos del camino y vio un hombre agobiado por una enorme carga. ¡Y era una gran cruz lo que pesaba sobre sus espaldas, y ceñía su cabeza una corona de punzantes espinas! ¡Era Jesús! Jesús que, desde lejos, dirigía a Marta una mirada grave e imponente. Al brillo de aquella tristísima mirada, Marta cayó de hinojos, sin poder apartar su vista del Hombre-Dios. Quiso correr hacia Jesús, mas sus rodillas parecían haber echado raíces.

Y oyó la voz, triste y dulce a un tiempo, de Jesús que le decía:

—¡Marta, mira cómo me ponen tus culpas!...

Y en esto vio en su imaginación, cómo ella, entre la desenfrenada danza de los saraos, tropezando contra la Cruz, hacía caer al Salvador al pasar a su lado. Sintiendo angustia mortal, quiso abalanzarse a levantar a Jesús, pero no pudo moverse... y oyó cerca de sí un ¡ay! que la hizo estremecer. Volvióse y vio a la Virgen de los Dolores que la miraba con ojos de tristeza y distinguió en ella el mismo rostro y manto de aquella Dolo-

cuando, al regresar las demás, notó que su hija faltaba!

Muchos hombres, movidos por el parentesco unos, por la amistad otros, y los más por caridad, salieron en distintas direcciones a buscar a la niña perdida; pero la tarde caía, y uno tras otro regresaban cabizbajos y sin consuelo para la pobre mujer, la que parecía haber perdido el juicio, y que sólo a la fuerza conseguían las vecinas retener para que no saliese en aquel violento estado en busca de su hija.

—¡Hija de mi alma! —exclamaba—: la noche va cerrando, y, si no se ha despeñado ya, ni se la han comido los lobos, se morirá de angustia. ¡Sola en la noche oscura entre esos breñales! ¡Madre mía de los Dolores! —añadía cruzando las manos y dirigiendo su ferviente súplica a la efigie de esta Señora que se halla en aquella iglesia y que con tanto ardor amante imploran los habitantes del pueblo—, ¡apiádate, Señora, de mi niña, la que siempre puse bajo tu santo amparo! ¡Madre fuiste y corazón de madre tienes para los desamparados! ¡Desamparadas estamos mi niña y yo, y sin más esperanzas que en Ti! Señora, recuerda que uno de los puñales que a tu santo corazón atravesaron fue la pérdida de tu Hijo! ¡Madre, apiádate del mismo dolor que sentiste! ¡Ampara a la hija..., consuela a la madre!

—Todavía no han vuelto Juan y Mateo —le decían para consolarla y alentar sus esperanzas las compasivas vecinas.

Pero también regresaron Juan y Mateo sin traer la menor noticia de la niña.

Entonces el dolor de la madre no tuvo límites: aunque oscura la noche, quiso salir a internarse por las agrias y escabrosas sierras. Nada la disuadía de su intento y habían llegado los esfuerzos de la madre para salir y los de las vecinas y parientes para retenerla, hasta la lucha, cuando se abrió la puerta, y en su quicio se presentó, con general asombro, la niña. Arrojóse a ella con un penetrante grito de júbilo su madre; la tomó en sus brazos, sofocándola con lágrimas y cariños; y cuando la alegría le permitió hacer uso de la palabra, le gritó:

—¡Hija de mi alma! ¿Quién te ha traído?

—Una Señora —contestó la niña.

—¿Y cómo fue eso?

—Vino y me dijo: «Niña, ¿qué haces aquí sola y llorando?». Le dije que las otras niñas se habían ido y me habían dejado perdida. Entonces me tomó por la mano y me trajo aquí.

—Pero, ¿quién era?

—Yo no la conozco.

—¿Cómo era?

—Muy hermosa.

—¿Quién podrá ser? —se preguntaban unos a otros.

—Yo quiero saberlo —exclamaba la madre— para darle las gracias, para besar, mientras viva, la tierra que pise.

La noticia de lo acaecido corrió de boca en boca, y todos los habitantes del pueblo acudieron presurosos a ver a la niña perdida y dar la enhorabuena a su madre.

A medida que entraban las mujeres, y hasta

El «Magnificat»

Brilla el retablo de oro...
El «Magnificat» cantan los monjes en el coro,
ante el altar mayor,
que se ve rebosante de rosas y de lirios,
de espirales de incienso y relumbres de cirios,
corona de la Virgen, la reina del amor.

Ella luce cual astro,
y en medio del retablo aparece gentil;
su estatua de alabastro
dorado por los siglos como el viejo marfil.
Y Jesús, ei Cordero de Dios propiciatorio,
en sus brazos se ha hecho blando reclinatorio.
En boca de los monjes el cántico evangélico
toma un aire solemne, conmovedor y célico...

La Virgen les atiende,
y, al oír su armonía, que, llevada en blandura,
con el rumor del órgano por el templo se extiende,
mira a Jesús, su Hijo, con divinal ternura.
Los dos se han conmovido
y riéndose a un tiempo se dicen: —¿Has oído?

Se mueve de repente
la imagen de María
del luminoso altar;
majestuosamente,